

EN HONOR DE LOS MUERTOS

POR

JOAQUIN D. CASASUS,

PRESIDENTE

DEL LICRO ALTAMIRANO

Y

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MEXICO

IMPRESA DE IGNACIO ESCALANTE

1.ª Calle de 57 número 8.

1910



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86082

34338

F 1405

C3



TIRADA DE ESTA EDICIÓN:

100 ejemplares, numerados, en Papel del Japón.

400 " " en Papel de Hilo.

Ejemplar Número 363

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN HONOR DEL SEÑOR LICENCIADO

DON MANUEL ROMERO RUBIO,

EN EL TEATRO NACIONAL,

EL DÍA 14 DE OCTUBRE DE 1886.

868
C.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS Y SEÑORES:

SERENO el ánimo, enjugadas las lágrimas que vertiéramos ayer, vueltos de la consternación y del espanto que la muerte pusiera en nuestros pechos, y consolado nuestro dolor con el bálsamo dulce que nos dejara la mano cariñosa del tiempo, venimos hoy á celebrar la apoteosis de una de las más nobles y de las más augustas personalidades de nuestra historia contemporánea.

Ayer sobre su tumba sollozó nuestro cariño y la Patria inconsolable abrigó su cadáver entre sus brazos para regarlo con su llanto.

Nada faltó en aquella imponente manifestación de duelo. Vistió el Estado el luto que el dolor deja en los corazones; amigos y deudos se agruparon á su alrededor para ensalzar las virtudes del

ciudadano y los méritos del hombre; el Arte cantó en su loor, y en su nombre los poetas le ofrecieron la flor de sus canciones; la Representación Nacional guardó sus mortales despojos en su recinto sagrado para perfumarlos con el incienso y con la mirra que ante ellas quemara el amor de su pueblo; y el ejército de la República lo vió pasar, envuelto en su mortaja, y lo cubrió cariñoso con la sombra tutelar de sus banderas.

Todos los Poderes Públicos, los veteranos que representan nuestras inmarcesibles glorias guerreras, la juventud que ha de guardar en sus manos, siempre verde, la oliva de la paz, todas las fuerzas vivas del país, la industria y el comercio que dan firme asiento á nuestras instituciones, el pueblo que trabaja y los próceres de la fortuna, todos formaron en aquel cortejo fúnebre que fué á depositar bajo la tierra sus despojos.

Aquel cortejo recordaba al que en los tiempos antiguos acompañaba el cadáver de los Dioses que habían en breve de volver á la vida.

Hoy nos reúne el deber, habla por nuestros labios la justicia y presiden esta suntuosa ceremonia dos augustas deidades: la Verdad y la Gloria. Entre las impurezas del presente, entre la candente hornaza de las pasiones humanas, venimos á recoger los altos hechos de una existencia consagrada al servicio de la Patria.

La Historia abre las páginas severas de su libro de bronce para guardar en ellas el recuerdo de su nombre; la Inmortalidad lleva sobre sus alas su memoria imperecedera para difundirla en los cielos oscuros y misteriosos del porvenir, y la República, en nombre de la Patria, deja sobre su tumba la corona de encina que sólo se ofrece á los grandes vencedores de la vida y de la muerte.

En verdad, la vida del Sr. Romero Rubio es digna de eterna recordación y del apoteosis que se le consagra.

Viven todavía los recuerdos de los actos viriles y legendarios que llevara á término en su edad juvenil; flota sobre la época triste y sangrienta de nuestras contiendas civiles su espíritu de concordia y su palabra benévola, como la atmósfera fresca de las tardes sobre campos del trópico quemados por el sol; en los surcos profundos que abriera en nuestro organismo social, palpita aún, llena de vida, la simiente de sus enseñanzas; vibra en la tribuna del Parlamento su voz tranquila, siempre reveladora de ideales levantados y de verdades serenas; guarda memoria la democracia de su fe de apóstol y de los buenos éxitos de mártir alcanzados en su propaganda; en las luchas por la nacionalidad, de todas partes amenazada, se ven el deber del ciudadano y las energías del patriota; en los actos de la Administración Pública se revelan

la habilidad del hombre de Estado y la lealtad de sus propósitos; en el alma de toda esta generación, testigo de su mérito incontestable, vive su inmenso espíritu multiplicado y difundido en memorias dulces, consejos sabios y acciones nobles, y la paz nacional conserva todavía los sólidos cimientos que él contribuyera á poner, apaciguando el odio de los partidos, serenando la tempestad de las pasiones y convirtiendo al héroe esforzado de la revolución victoriosa, en el ídolo y caudillo de su patria y de su pueblo.

El Sr. Romero Rubio nació y vió deslizar su juventud en pleno período revolucionario; pero nuestras revueltas intestinas dejaron en su espíritu, cruzado por raras intuiciones, dos sentimientos que fueron convertidos por él en los dos grandes amores de su vida: su odio á la revolución y su odio á la tiranía; esto es, su amor á la libertad y su amor á la Paz.

Dos fases bien distintas presenta su vida de hombre público sin que haya contradicción posible entre la una y la otra: su época de luchador y de combatiente audaz y su período de hombre de Estado, encargado de asegurar el progreso social bajo el imperio del orden. En la una y en la otra realiza, sin embargo, una armoniosa síntesis. Vive en el luchador el estadista, porque edifica y no destruye, porque gana próselitos, porque

convence y no anatematiza, porque, en fin, es un apóstol propagador de ideales y sembrador de bienes. En el estadista jamás se olvida al luchador: gobierna con las energías del combatiente, vence con el valor y la constancia con que se dominan las multitudes, y trueca el hierro de las luchas heroicas en el arado productor de las cosechas.

Triste y luctuoso período de nuestra historia, aquel en que diera los primeros pasos en la vida pública.

Dos tiranías gobernaban la nación después de haber ensangrentado y desolado el país: la del poder civil, la de Santa-Anna, que después de suprimir la República de nuestras instituciones, levantaba sobre sus escombros el despotismo militar, y que después de borrar de nuestros Códigos los derechos del hombre, los entregaba á merced de la soldadesca de sus cuarteles, y la del Poder religioso, la de la Iglesia, que después de arrojar á Dios de los altares y al ideal de las conciencias, cambiando sus sagrados paramentos por arcos de guerra, atizaba la discordia para quemar en sus hogueras el pensamiento humano.

Dos explosiones populares destruyeron aquellas tiranías: Ayutla y la Reforma.

La dictadura de Santa-Anna fué la consecuencia de aquel período de crecimiento de nuestro organismo social, que ora ya era sacudido por las

convulsiones epilépticas de los cuerpos gastados por decrepitud morbosa, ó era ya devorado por las fiebres intensas que determinan las crisis formidables de la infancia de la vida.

La realización de nuestra Independencia llevada á término por quienes con más saña la habían combatido y bajo el amparo de conspiraciones urdidas en las tinieblas de las sacristías, enturbó el agua lustral derramada sobre la patria libre y engendró los dos partidos que han retardado en nuestro país el reinado de la paz: el del despotismo con sus sangrientas hecatombes, y el de la libertad con sus convulsiones demagógicas.

Los dos partidos anhelaban por hallar una forma para la nueva nacionalidad: buscaba el uno, revolviendo el polvo de los siglos, los viejos moldes de las teocracias antiguas, las formas caducas de las monarquías decrepitas, ya socavadas en sus cimientos por la más pasmosa de las revoluciones humanas, y ensayaba el otro, acariciando nuevos ideales, teorías arriesgadas de difícil aplicación, obra de otra raza habitando distinto medio social y preparada á la vida política por diversa educación; quería el uno la prolongación de la época virreinal con sus despotismos y sus privilegios, y buscaba el otro, impaciente por sacudir de sus espaldas la opresión de tres siglos, la libertad sin freno, el gobierno del derecho sin el orden y el im-

perio de la ley sin la justicia; anhelaba el uno por desarrollar el comercio dándole por base el monopolio, por establecer el impuesto bajo la forma del estanco y cimentar el Tesoro sobre la exacción y el préstamo forzoso, y el otro pretendía suprimir los aranceles, crear la industria y el comercio con las ruinas que dejara en pie la concurrencia extranjera, derogar los impuestos para aliviar sus cargas al contribuyente y levantar el tesoro sobre el agio y la bancarrota: procuraba el uno, en fin, organizar la patria bajo un régimen tan opresivo que la libertad con su aliento poderoso debía siempre destruir, y el otro levantaba, ebrio de igualdad, un gobierno sin fuerzas y una autoridad sin respeto á quienes la necesidad del orden debía aniquilar.

Además de los vicios inherentes á sus respectivas escuelas, pesaban sobre aquellos partidos los atavismos de la raza y los obstáculos del medio social: Roma con sus circos y sus Césares y España con sus ideales heroicos y sus hogueras inquisitoriales.

Aquella nuestra fe fanática, seguida de rápido descreimiento; nuestro batallar incesante interrumpido por marasmo invencible; nuestro amor inconsciente por todos los ídolos unido á nuestra falta de obediencia para con todos los dioses; nuestra sumisión incondicional á todo poder, amalgamada con nuestra carencia de respeto para todas

las leyes; nuestro afán de realizar en un día el imperio del derecho cuando nos negamos á reconocer la eficacia del orden y la necesidad de un Gobierno, todo esto mantuvo á nuestros partidos entre la revuelta y el motín, entre las traiciones y los heroísmos, entre el ostracismo y el poder, entre el cadalso y la apoteosis, entre una vida imposible y una muerte irremediable.

Nunca, según la expresión de Mirabeau, estuvieron más próximos el Capitolio y la roca Tarpeya.

A la cabeza ensangrentada de Iturbide, tenía que unirse la cabeza comprada de Guerrero; al destierro de Gómez Farias debía seguir el ostracismo de Bustamante, á la Federación el Centralismo, y á la corona de Agustín I, el manto regio que pusiera sobre sus hombros su Alteza Serenísima.

Y la Patria? Del fondo obscuro de aquellas luchas convulsivas se la ve surgir sangrienta y mutilada, pero sin dejar de esperar en el amor de sus hijos. Fué heroica en Veracruz, desgraciada en Texas, burlada por la intriga y la ambición en Padierna; pero mártir sublime en Churubusco y Molino del Rey.

Cuando ya la espada y el valor no pudieron remediar el desastre, la Patria se irguió serena y fió su honor y su ser á la magestad augusta del derecho, y puso su salvación en el ideal que flota sobre todas las pasiones: en la justicia.

Y la Patria no se engañó.

Breves días de calma precedieron las orgías de la dictadura. En aquel Bajo Imperio, naufragio terrible de todas las libertades y de todos los derechos, se ve flotar todavía la noble majestad de un Antonino y la austera virtud de un Marco Aurelio.

Si la historia explica la dictadura de Santa-Anna, el despotismo justifica la revolución de Ayutla.

Si aquélla nace por la necesidad que el país siente de un gobierno fuerte, capaz de hacerse respetar, ésta brota y se difunde en todas las clases sociales, porque al lado de las quimeras, que habrán de seducir siempre á los pueblos latinos, trae esperanzas de posible redención.

Ninguna revolución ha aportado tantos bienes al acervo social como la revolución de Ayutla, al par política y económica.

Sómosle deudores de la libertad religiosa que resume todas las libertades civiles, del reconocimiento de las garantías individuales, base de nuestra organización política; del imperio de la justicia á quien se le confiara la custodia de todos los derechos contra los atentados de todos los Poderes y de la división de la propiedad y de la expansión de la riqueza acaparada la una por el clero y encadenada la otra por el estanco y el monopolio. Lati-ranía del clero no era obra nuestra: desde el Oriente con el gran Constantino se había extendido so-

bre todos los pueblos de Occidente. Era la sombra del Imperio de Augusto proyectándose, al través de diez y nueve siglos, sobre las conciencias de todos los hombres.

X
Después de haber honrado la humildad sobre la tierra, había vestido su desnudez con opulento lujo y amamantado á sus pechos la soberbia; después de haber recogido el filtro del Amor infinito de los labios del Mártir del Gólgota había derramado por todas partes el veneno del odio; olvidando que había predicado la pobreza, había acaparado todos los bienes y todas las propiedades; después de haberse apoderado del lazo invisible que une á las almas con el cielo, había forjado las cadenas para atar á los hombres al carro de su despotismo, y después de haber encendido la esperanza de una vida eterna en las conciencias, había traficado hasta con los esplendores del cielo.

El clero piadoso que había llevado á la raza indígena desheredada los consuelos dulces del Evangelio y la había protegido contra las crueldades del conquistador, después de tres siglos de compartir el poder con el Estado, anatematizó la Independencia, condenó á Hidalgo y degradó á Morelos.

Vació sus tesoros para defender sus preeminencias, pero cerró sus arcas para no salvar á la Patria; fulminó sus excomuniones contra los que le arrebataban la coacción civil que recaudaba sus

diezmos y puso en sus altares á los defensores de sus privilegios, y abrió en fin, de par en par las puertas de sus templos y entonó sus tedeum en honor de los invasores que hollaban con sus plantas el suelo de la Patria.

La revolución contra el clero, preparada en las conciencias, la realizó la Reforma en los campos de batalla.

Nada más terrible, ni más sangriento, ni más popular. Los hombres y las cosas se sentían poseídos de una necesidad imprescindible de renovación. La savia de una vida nueva agitaba todas las voluntades y palpitaba en todas las inteligencias. No hay un período igual en nuestra historia. Hazañas inauditas de valor, esfuerzos colosales de una fe siempre despierta, batallas que eran hecatombes, combates homéricos porque los dioses tomaban participación en nuestras luchas y leyes inderogables que el pueblo ponía en manos de sus elegidos en fulgurante Sinal, para saber después morir por ellas. Nuestros hombres se durmieron niños y despertaron héroes.

La guerra de Reforma trajo á la raza indígena una promesa: la propiedad individual que ha de matar al comunismo primitivo, enervador de todo progreso económico; á la Nación ofreció un beneficio: la destrucción de la mano muerta, estancadora de la riqueza; y aseguró á todas las conciencias la liber-

tad religiosa, garantizando la inviolabilidad del hogar para los que piensan y para los que rezan, é imponiendo el respeto en la vía pública á todos los apóstoles que predicán la excelsitud de sus doctrinas.

Gran participación tomó en estas luchas el Sr. Romero Rubio. Si Comonfort y Juárez son la personificación gloriosa de aquellas épocas, si Prieto fué el Tirteo de aquellos combates, Ocampo y Lerdo los iniciadores, González Ortega el paladín y Baz la actividad vigorosa, Romero Rubio fué el apóstol difundidor de las nuevas doctrinas y el nervio y la energía en el consejo y en la acción.

La voz tranquila del jurisconsulto, sin relampagueos juveniles, resonó en el constituyente en defensa de las ideas más avanzadas: fué político y conspirador, pero patriota y liberal.

En la guerra de Reforma fué soldado y pensador, fué héroe y consejero.

Y quién no fué soldado? Cuando al éxito dudoso de las batallas se fía el triunfo de los ideales que un pueblo persigue al través de su historia; cuando se sacuden despotismos seculares que han pesado sobre las conciencias y las voluntades; cuando en el suelo de la Patria son las llanuras campos para el combate y las montañas baluartes para la defensa y el rayo de la guerra vibra aterrador en los cielos, todos los brazos son armas, todos los hombres soldados.

El Sr. Romero Rubio cambió la toga por la espada y luchó por la reforma; pero hizo algo más, decidirla con enérgica virilidad.

Cuando desde Veracruz, Juárez y sus elegidos vieron propagarse en todo el país el incendio de la guerra civil y de pie junto al abismo inmenso abierto por treinta años de incesantes discordias, consideraron necesario tener el ideal para pasar á la victoria, fueron sobrecogidos de espanto y se sintieron detenidos por la duda. Entonces el Sr. Romero Rubio realizó uno de los actos más dignos de eterna remembranza. Aconsejó con vigor y con fe la expedición de las leyes de Reforma, alentó á los apocados, fortificó á los vacilantes y al contacto de su corazón caliente y de su inteligencia poderosa se irguió como las rocas, inmovible, la voluntad de Juárez.

Y la Reforma fué.

Sin una nueva lucha no pudo encontrar sólido cimiento. La guerra volvió á encender su tea incendiaria; pero entonces los vencidos buscaron su fe en otros ideales, calentaron sus pasiones con otro sol, hallaron sus recursos en ajeno tesoro, pusieron su patriotismo en otros pechos y confiaron su triunfo á otros soldados y á otros hombres. Dos errores y una sola traición desgarraron al país: la Intervención y el Imperio.

Que pase sobre ellos nuestra palabra como so-

bre ellos pasaron ayer nuestros soldados: los pies en el lodo y en la sangre y en la traición, las frentes coronadas por los arboles de la gloria!

El triunfo y restablecimiento de la República abren un nuevo é importantísimo período en nuestra historia: nuestro desarrollo político se trueca en una inmensa operación de integración, la materia cósmica disuelta se organiza en mundos, y los mundos en su vuelo infinito recogen sus alas para obedecer á un armonioso sistema.

El partido liberal en el poder siente la necesidad irresistible de convertirse en partido de gobierno, en partido nacional. Si antes supiera conquistar libertades entre el humo de los combates y destruir despotismos por medio de conmociones populares, sacando de aquel caos una Constitución, base de una organización política, y unas leyes, asiento de una nueva sociedad, le era necesario mañana cambiar por el orden sus movimientos convulsivos, en virtud de una ley de diferenciación, abandonar los innúmeros partidos engendrados por las necesidades apremiantes del ataque y de la defensa, para agruparse al rededor de los hombres preponderantes capaces de gobernar, y hacer de la paz, un hecho siempre accidental de nuestra vida política, la condición definitiva de nuestro progreso.

No es lo mismo obtener en la guerra la victoria

que asegurar una paz estable y á su sombra preparar un pueblo para la conquista de sus grandes destinos. Lo primero lógranlo todos los héroes, obrando bajo el impulso de intuiciones maravillosas; para lo segundo es necesario llevar la tranquilidad á todas las conciencias, dar trabajo á todos los brazos, calmar la sed humana del derecho, apurando en su copa gota á gota sus mercedes, establecer el imperio de la ley sacrificando la indisciplina de las libertades y hacer respetable la autoridad, ungiéndola con el prestigio popular y dándole la fuerza necesaria para hacerse obedecer.

Bienapercibidos para esta tarea venían todos los elementos de que podía hacer uso la Administración Pública.

El ejército no tenía jefes sino caudillos, los soldados traían en sus cartucheras su ración de gloria, y caudillos y soldados venían á reposar bajo la sombra de sus laureles.

El viejo ejército pretoriano, alma de los motines y obra de las victorias, se había desprestigiado en las traiciones, había abandonado sus armas y sus pertrechos en todo el territorio nacional, y se había disuelto en las derrotas.

El partido conservador había quedado expirante en Querétaro, condenado á la inacción y á la impotencia; el partido moderado, el naufrago de

la guerra de Reforma, había encallado para siempre junto al trono de Maximiliano.

Los hombres públicos traían tesoros de experiencia hallados en la adversidad; y el pueblo se sentía aguijoneado por la necesidad del trabajo; para dar pan y vínculos de unión á las familias dispersas por la guerra.

La Nación experimentaba el deseo de darse una organización poderosa, de llenar el tesoro vacío con el impuesto de los ciudadanos, de pagar la deuda pública como testimonio de fuerza y de honradez, de expedir leyes en consonancia con las nuevas instituciones para amparar la libertad de todos, y hacer respetar el derecho de cada uno y de fiar su suerte á las altas é incommovibles decisiones de la justicia.

Un error de los constituyentes, error funesto, hizo imposible la trasmisión de aquella paz civil. La justicia, que es la suprema garantía de la estabilidad en los pueblos libres, quedó sujeta á los vaivenes electorales, y obedeciendo por ende á los programas políticos; porque quedó ligada por eslabón fortísimo á la organización que se diera á la dirección de los negocios públicos. La justicia inamovible, en divorcio forzoso entonces de la política y del sufragio popular, hubiera evitado á la Patria las últimas conmociones precursoras de la paz actual.

Aquellos sacudimientos populares fueron por

fortuna los últimos esfuerzos hechos para acomodar nuestros ideales á la realidad. Y entonces lució en nuestro cielo la aurora de un nuevo sol.

Nuestro actual momento histórico no puede ser juzgado todavía de una manera definitiva; pero hay un hecho capital que lo caracteriza, y constituye el elemento perdurable que habrá de distinguirlo en el transcurso de los tiempos: la paz y la transmisión de ella á las generaciones de mañana.

La paz se ha levantado sobre tres sólidos fundamentos: las mejoras materiales, la educación popular y el orden.

Las mejoras materiales han dotado á nuestra nacionalidad de una inestimable cohesión. Nuestras comunicaciones, facilitadas por extremo, no sólo nos han permitido unir las extremidades del país con el corazón de nuestro organismo social, y abrazar los dos mares que bañan nuestras costas y ligarnos con lazos de hierro indestructibles á la gran República americana, centro de consumo de la producción nacional, sino que han hecho imposibles ó pasajeras las asonadas y las conmociones populares, porque han vigorizado la Federación con la acción rápida y enérgica de un gobierno fuerte.

La educación popular ha levantado el nivel moral é intelectual del país y ha hecho conocer la gran fuerza que encierran el libro y la escuela para operar la transformación de un pueblo.

El órden representando el sacrificio de nuestras inquietudes de raza, es el elemento primordial de la paz; porque es el que consolida nuestra actividad política y le permite seguir los nuevos rumbos emprendidos con inquebrantable fe.

¡Qué inmensa labor representa la consolidación de la República!

La vislumbraron nuestros pensadores, la soñó nuestro exaltado patriotismo, y la han llevado á término la fe, la energía, la pericia de nuestros estadistas. Esta obra ha sido proseguida silenciosamente, sin el estruendo de las victorias guerreras: ha sido ejecutada no en un reducido campo de batalla, sino en la extensión inmensa de nuestro territorio; no se ha realizado por obra de misterioso conjuro, en el instante en que los dioses disponen de la vida y de la muerte, sino lentamente, al través del tiempo, y contando con su ayuda, y si no aclaman sus prodigios la procesión de los vencidos siguiendo el carro del triunfador, sí existe, para ensalzarla, la voz de los talleres, el estruendo de las fábricas, el silbar de las locomotoras, las palpitaciones de la vida comercial y el hossana inmenso de todo un pueblo que piensa y que trabaja.

El Sr. Romero Rubio fué también un héroe en estas luchas pacíficas, un apóstol del nuevo Evangelio y un pontífice de la nueva religión.

En los Cuerpos Legislativos, en la prensa, en el

Gobierno, en las luchas políticas, en su propaganda activa, en sus predicaciones constantes no persiguió otro ideal que la consolidación de nuestras instituciones, ni anheló sino por el respeto á la autoridad y por el reinado de la paz.

Pero nunca fueron mayores sus servicios, ni de sus manos brotaron mayores bienes, ni su energía dió más sazonados frutos, ni su obra fué más duradera, que cuando unido al pacificador de la República y fundiendo en un solo amor, su amor á la Patria y á la familia, le dió á aquél un lugar donde reposara su cabeza cargada de laureles, consagrando toda su actividad y toda su inteligencia á la realización de la concordia y de la paz.

Si la Patria debe el orden y la prosperidad al soldado que rompió la espada de sus victorias para representar la autoridad envuelta en el manto augusto del derecho, débele al Sr. Romero Rubio la unión de todos los mexicanos, su esfuerzo para sostener la paz y una gran parte de la labor emprendida para transmitirla á las futuras generaciones, arraigándola en lo más hondo de nuestro organismo social.

El Sr. Romero Rubio, cuando joven, fué un estadista extraviado en el laberinto de nuestras asonadas y motines, y en su edad propecta, cual si gozara de un renuevo de juventud, fué el paladín esforzado en las luchas tranquilas de la palabra y de la política.

Once años de un trabajo incesante y rudo no minaron aquella existencia, ni doblegaron su energía, ni enervaron su voluntad siempre sana, ni nublaron su inteligencia como nunca luminosa, ni hicieron vacilar su fe siempre inquebrantable, ni agotaron su actividad como jamás despierta, ni hubieron de cerrar el manantial de su bondad siempre inagotable.

La muerte, la implacable segadora de vidas, hi riólo en pie, lo sorprendió en plena labor, cuando se disponía á proseguir con más ahinco aún la elaboración del orden y del progreso. Sin embargo, fué feliz hasta en la muerte; porque murió antes de que se marchitaran sobre sus sienes las rosas frescas de la dicha; porque murió en plena prosperidad.

Bien pueden repetirse las palabras de Esopo, que recuerda Plutarco al hablar de la muerte de Pelópidas, el héroe tebano.

“La muerte de los hombres que mueren en la prosperidad no es para ellos una desgracia; al contrario, es su término el más feliz; ella guarda sus grandes acciones en un asilo seguro donde viven al abrigo de los reveses de la fortuna.”

Señor: tu nombre y tus hechos gloriosos tienen un asilo seguro en la memoria de la generación que te sobrevive y ella será la que, fiel y cariñosa, entregue á la historia mañana, el sagrado depósito que á su custodia se confía.

Es el tiempo, no obstante, quien mejor que nosotros ha de celebrar tu apoteosis. Cuando la oración llena de amor que hoy brota de las almas de los tuyos haya enmudecido para siempre, cuando las voces que vibran en el silencio de nuestros hogares enseñando á nuestros hijos á bendecir tu recuerdo y á ensalzar tu nombre, se hayan apagado, cuando el polvo de las edades haya caído sobre tu tumba y el porvenir te haya envuelto en su frío sudario de nieve, tu vida surgirá más limpia y más hermosa, libre de las impurezas de la realidad y del hálito emponzoñado de las pasiones humanas.

Tienen los grandes hombres el privilegio de las altas cimas. Para que se las vea desprenderse de la tierra donde arraigan sus cimientos y levantar sus crestas como una plegaria hasta los cielos, es necesario contemplarlas desde inmensas distancias. Cuando la sombra envuelve al mundo y el sol se ha hundido tras del límite lejano del horizonte, todavía se vé brillar sobre ellas, cual fulgurante antorcha, su último resplandor.

Y así habrás de ser tú

Nuestros pósteros admirados te habrán de ver mañana, surgir del fondo obscuro de nuestra edad presente, y sobre tu vida y sobre tu nombre, cuando nuestro sol se haya apagado, verán encenderse como un faro las luces inmortales de tu gloria.

Octubre de 1896.